

La chiqui y la chica

DE LA CHIQUI y de la chica apenas recuerdo más que unos pocos detalles, episodios fugaces. Menos aún, fragmentos de esos episodios fugaces. Éramos vecinos. La chiqui y yo casi ventana con ventana. La chica vivía unos portales más abajo. Ahora que quiero recordarlas apenas si tengo con qué. Recuerdo sus caras que apenas han cambiado desde que eran niñas a lo que son ahora: dos mujeres cercanas a los cuarenta. Entonces dos niñas que me pasaron muy desapercibidas, aunque vivíamos en la misma calle

La chiqui vivía en un edificio frente al mío, en el tercer y último piso, coronado por un palomar que era de su padre. La chica, como decía antes, un poco más allá, en el callejón. El callejón es una calle peatonal en forma de ele, con bares y tiendas de ropa y una heladería de temporada. El bar más antiguo y el que primero cerró era del abuelo de la chica. Llevaba su nombre, el del abuelo. Medio bar, medio taberna, siempre tenía actividad. Una actividad no exenta de calma y como era la actividad de un bar de un pueblo de aquella época. En verano se llenaba de catalanes hasta las tantas que se ponían las botas con el bacalao con tomate. En invierno una clientela fiel se apuntocaba en la barra y en alguna mesa, desde que abría para los carajillos, cafés y los sol y sombra, hasta que cerraba a la hora del coñac. Entonces no había costumbre de cubatas. Al menos en ese bar. O al menos que yo supiera.

En el colegio de las monjas coincidí con la chiqui y con la chica pero, como digo, me pasaron muy desapercibidas. La chica era, con su baby del cole, lo más parecido a una muñeca de trapo. Con unos ojos negros muy grandes, siempre muy callada. Con una expresión de ensimismamiento que no era de tristeza ni de estar distraída. Era más bien de no estar en donde estaba, pero tampoco de estar en otro sitio. No sé, lo que sí sé es que la niña de entonces se me presenta ahora como una muñeca de trapo, algo inanimado, pero que parece querer significar algo. O simplemente mis ganas de que las cosas signifiquen algo y nos hablen de lo que queremos oír, aunque en realidad no nos dicen nada, a no ser que uno tenga mucha imaginación.

Cuando dejó el baby del cole por el uniforme azul marino de las niñas grandes parecía una niña de luto. Que creo que es lo que me ha parecido siempre, una niña de luto. Pero un luto que no le produce tristeza ni sensación de pérdida, un luto que no le dice nada, como la vida misma que parece no tener poder de seducirla, de arrancarle una sonrisa, de comunicarle un sentimiento, ni agradable ni feo. Nada en absoluto.

Con la chiqui tuve algo de más relación. Al menos sé que íbamos al colegio de las monjas juntos. Recuerdo a su madre que siempre nos gritaba por la mañana lo guapos que estábamos. Una mujer nerviosa pero con autoridad. Del trayecto diario al colegio no recuerdo nada, si nos llevaba la madre de la chiqui o si por el contrario era la Feli, una prima común de ambos que nos seguía en edad. No lo recuerdo. No sé si jugábamos en el patio de la escuela antes de entrar o a la hora del recreo, aunque dudo que lo hiciéramos. Lo único que no se me olvida era el pánico que sentía yo ante los otros niños de aquel patio que casi era una huerta abandonada, con árboles, balates y hierbajos de todo tipo. Un patio enorme en el que siempre temía perderme. Ni rastro de la chiqui. Ni de la chica, aunque de ésta sí tengo una escena en ese patio del colegio, cuando quiso cambiarme un coche que yo tenía en la mano por un tapón rojo de lejía que ella llevaba en la boca chupándolo desde Dios sabe cuándo y de Dios sabe dónde. Me negué en redondo. Ella se desvaneció como un fantasma, con el silencio y la mirada de siempre, de no estar en ninguna parte, de no sentir nada. Sin un gesto de desánimo o de contrariedad. Tendríamos los dos unos cuatro o cinco años y creo que fue mi única victoria dialéctica en muchos años en el recreo de un colegio.

La chiqui era un poco más activa. Aunque creo que esto lo digo por su voz, que era un poco entrecortada y nerviosa. Creo que se avergonzaba de su voz, a veces desafinaba incluso hablando en tono moderado. Puede que sea una absurda impresión, puede que la oyera hablar un par de veces y de eso recuerdo que su voz pudiera ser entrecortada y nerviosa, puede que lo de desafinar viniera después. La verdad es que tanto ella como la chica me pasaron muy desapercibidas, como si fueran otras niñas cualesquiera del colegio y no mis vecinas, o en el caso de la chiqui, casi mi prima.

De la chiqui sí que hay algo patente, su cara. Unos ojos enormes, como los de la chica pero más claros. Aceituna tal vez, y con esto no sé si digo verdes o castaños, o si acaso un color intermedio. De pupila grande. Era la mayor de tres hermanos. Los tres muy callados y con la cara chupada. La frente amplia y los pómulos sobresalientes, pero a partir de ahí una uve afilada con vértice en la barbilla que les comunicaba no sé qué expresión de tristeza. La expresión más estoica que recuerdo en la cara de cualquier niño de sus edades. Como si estuvieran acostumbrados a que a todo les dijeran que no.

Vivían enfrente pero apenas sabía nada de ellos. Cosa que por aquel entonces no me parecía en absoluto extraña. Una de las persianas de sus balcones estaba atascada a la mitad, otra rota y cerrada al máximo. A veces en alguna se adivinaba luz. No obstante pasaban mucho tiempo en el campo donde su padre tenía animales.

Dicen que los padres se separaron. Siempre fue una familia muy discreta, ni una voz, ni un grito, ni una discusión. Bueno, más que discreta invisible. Nada al menos que sobrepasara la barrera de aquellas persianas descompuestas. A los padres a veces se los veía juntos, a veces separados, aunque lo más normal era que no se los viera. Ni a ellos ni a los niños.

Yo cambié de colegio a los seis años. No sé cómo crecieron la chiqui y sus hermanos. A pesar de ser mis vecinos los veía muy de vez en cuando, por decir algo, pues no guardo recuerdo de verlos. Creo que la chiqui se casó y se fue a vivir a Jaén o a Córdoba. De los otros hermanos alguno de ellos queda en la casa con el padre, o con la madre, o con los dos. Las persianas siguen rotas y la casa parece deshabitada.

Francisco Javier García Hernández

La chica también se casó y tiene una niña. Dicen que el marido es un tío malasombra. A ella no se le ha quitado la pinta de muñeca de trapo y ese pasar por la vida, o por la mía, sin hacer ruido, sin ser vista.

Francisco Javier García Hernández

Crítica

El texto de Hernández nos transporta a un momento de la vida en que las cosas empiezan a tomar forma, a solidificarse; ese momento en que la magia desaparece y el rigor de la realidad se afina en la memoria como un sedimento no definido. La narración en este relato está sujeta a tal contingencia; no obstante asistimos a una mirada retrospectiva de la realidad, el recuerdo se percibe como inacabado, maleable y difuso. Así, la realidad se mezcla con la sensación que ella marcó en la conciencia del narrador. Esta primera persona es un testigo que no se siente fiable; la distancia en el tiempo, la juventud o tal vez la falta de experiencia hacen que su testimonio sea parcial y fragmentario.

El tono general de “La Chiqui y la Chica” es, si se me permite el término, crepuscular; quiero decir con esto que la memoria está sujeta a la oscuridad del olvido o el desconocimiento de la vida que deja la falta de experiencia; por otro lado, el recuerdo se asoma a la luz, no por hechos concretos y definitivamente relevantes; más bien, la realidad a través de la memoria se establece por la sensación que los acontecimientos dejan en la mente de un personaje que asoma al mundo; alguien que comienza a establecer cimientos de la vida en una temprana edad; así, el texto pudiera ser parte de otro mayor, o simplemente ser un testimonio temprano de una conciencia que nace. De esta manera, el sujeto será el resultado de esa memoria incompleta; memoria difusa en claroscuro, concreta de alguna manera y sensorial de otra, categorías no complementarias en un mundo en que la realidad es inestable y sensorial más que concreta y concluida.

Carlos Velásquez Torres
The University of Arizona